

ante amenazas externas. Welch y Smith señalan atinadamente que esta situación *sui generis* casi obligadamente inclina a los militares "subdesarrollados" a la participación en la política interna de sus países. A partir de ese momento se entabla el conflicto con los políticos civiles que consideran la intromisión del orden castrense como inadmisibles.

Otra consideración de primera importancia lo constituye el hecho de que en sociedades esencialmente desorganizadas, las fuerzas armadas tienen un espíritu de disciplina y cohesión muy superior al de los partidos políticos. Este hecho, aunado a la transferencia de la obligación básica del ejército de la protección externa a la salvaguarda del orden interno, hace inevitable la participación activa de los militares en la política.

Los políticos civiles no están, sin embargo, libres de culpa. En los países en desarrollo, los gobiernos parecen no resistir la tentación de utilizar a las fuerzas armadas en funciones policíacas. El señalamiento de este fenómeno es uno de los puntos relevantes de *Military Role*. Los autores afirman que en este proceso de alteración de las funciones castrenses se encuentra una de las fuentes más propicias para el golpe de Estado militar. En efecto, la cultura del soldado lo hace verse a sí mismo como un defensor de la Patria y de las instituciones nacionales; le repugna el que se le convierta en gendarme del orden establecido. Los gobernantes civiles recurren al ejército para sofocar el descontento popular; en esos casos la reacción de la ciudadanía contra las fuerzas armadas es generalmente muy negativa. De ahí resulta que ante lo que los militares consideran errores e incapacidad para gobernar de los civiles decidan en un momento tomar el poder.

El libro contiene un útil apéndice estadístico sobre los gastos mundiales en armamento, dividido por áreas geográficas. La tipificación de los diversos países de acuerdo con el nivel de participación de las fuerzas armadas en el proceso político es atrayente, pero debatible. Parece concentrarse en el problema de la sujeción de los militares al orden civil, olvidando las relaciones de propiedad existentes en cada sociedad y la presencia de complejos industriales estrechamente vinculados a la producción de armamentos. De ahí que, según los autores, las fuerzas militares de los Estados Unidos resulten las más apolíticas del mundo cuando no es secreto para nadie la existencia del "pentagonismo" y su repercusión no sólo en la vida estadounidense, sino en el proceso político de las sociedades subdesarrolladas a las que el estudio dedica su atención central.

JORGE ALBERTO LOZOYA

BERNARD BRODIE, *War & Politics*, New York, Macmillan, 1973, 514 pp.

Para Brodie, la interrogante del por qué de la lucha militar debe dominar cualquier consideración en cuanto a los medios. Al situar a la

estrategia como una parte de la política, acepta que la política es la categoría más alta y dominante. Su concepción política de la guerra (la guerra es un instrumento de la política) lo coloca dentro de la tradición de Clausewitz, quien hasta hoy continúa siendo el mejor teórico de la estrategia.

*Guerra y Política* aparece después de dos décadas en que el estudio de la estrategia en la era nuclear ha venido a ocupar un lugar propio en el campo de la teoría. Buena parte de la copiosa literatura sobre el tema ha buscado encontrar la lógica del conflicto que plantea la existencia de los arsenales nucleares y sus vehículos de transporte, cayendo frecuentemente en planteamientos puramente tecnocráticos en torno al conflicto entre las grandes potencias, puesto que aunque la tecnología militar actual impone una lógica propia al conflicto, esa lógica es instrumental. En comparación con buena parte de la literatura sobre el tema (incluyendo algunas de las obras del autor) el libro tiene el mérito básico de replantear los paradigmas de Maquiavelo y Clausewitz al momento actual, aprovechando las experiencias de las últimas cuatro guerras en que han participado los Estados Unidos.

No faltará quien considere a este trabajo como poco riguroso, descriptivo, puesto que se desenvuelve con un lenguaje de menor abstracción. Sin embargo este lenguaje viene a responder a las propias experiencias reales que han demostrado ampliamente los límites de aquellos trabajos que pretenden poseer amplias cualidades predictivas. Efectivamente, el libro no proporciona un aparato teórico en el que las distintas categorías y las posibilidades de conflicto sean perfectamente predecibles, lo que no implica que carezca de rigor ni que deje de poseer valor teórico. Existe una interrogante básica que orienta a toda la obra y su lectura sensitiviza teóricamente a quienes interesa reflexionar sobre este tema.

El método que sigue Brodie consiste en plantear una serie de preguntas —orientadas por su interrogante política fundamental— a las experiencias de las guerras que analiza. Algunas preguntas que se desprenderían de la obra serían: ¿Por qué el dominio de las consideraciones puramente militares fue tan costoso para los países beligerantes en la primera guerra mundial?; ¿Cómo lograron prevalecer algunas consideraciones políticas durante la segunda guerra?; ¿Qué llevó a la falta de disciplina del general MacArthur durante la guerra de Corea?; ¿Cómo los juicios instrumentales prevalecieron sobre los juicios políticos en la escalada intervencionista en Vietnam?

El ejemplo de la primera guerra mundial es una muestra clara de los errores a que conducen las decisiones militares que están desvinculadas de la dirección política. El plan Schlieffen (alemán) que, ciertamente era genial militarmente, no sólo falló por la incompetencia de Moltke (el joven); en la gran estrategia, el ataque alemán proyectado a través de Bélgica y Luxemburgo —militarmente conveniente— llevaría inevitablemente a que Inglaterra entrara a la guerra. Los militares alemanes no

se percataron de este hecho histórico y político que indicaba que ése sería inevitablemente el resultado. Por lo que respecta a los comandantes franceses e ingleses, la adoctrinación militar que habían recibido no les permitió percatarse de la debilidad táctica de la ofensiva (frente a las ametralladoras, las trincheras, los alambrados de púas) llevándolos —especialmente a los franceses— a elevar más el número de víctimas. Churchill criticó ampliamente estos errores (personalmente promovió el desarrollo del tanque que vendría a cambiar radicalmente las condiciones tácticas en la segunda guerra), pero en ese momento los comandantes militares se opusieron severamente a los juicios del político Churchill. La obsesión por la victoria militar total llevó a un desastre aún mayor que los anteriores errores. La obsesión de hacer pedazos al enemigo, en ambos bandos, hizo imposible cualquier compromiso. Las razones políticas simplemente no eran aceptadas por los militares y los políticos temían dar la apariencia de debilidad. Con el paso de los meses y los años no se llegaba a la victoria, consiguiendo sólo aumentar las pérdidas humanas. Pero la culpa de los errores que hemos mencionado no sólo fue de los comandantes militares, también de los políticos en quienes radicaba la decisión última de retención o retiro del comandante militar. La primera guerra mundial ofrece el ejemplo más trágico de cuáles fueron los resultados al haber quedado la política supeditada a la guerra.

Las revoluciones sociales que siguieron a la primera guerra y los trágicos resultados de veintiún años atrás, disminuyeron el poder relativo de los militares en prácticamente todos los países de Europa. Durante la segunda guerra la alternativa entre la hegemonía política sobre la estrategia o la vieja idea militar de no meter la política en los asuntos de la guerra, está bien caracterizada por las fricciones entre Roosevelt y Churchill. Churchill, “discípulo de Clausewitz más por instinto que por aprendizaje, combinó de manera excepcional el discernimiento del estudiante serio de la guerra con la experiencia y las cualidades del gran político y estadista”, Roosevelt fue “el artífice político que de tiempo atrás se había interesado en los asuntos militares” (desde que fue subsecretario de Marina durante la primera guerra). Para Churchill, las consideraciones políticas siempre prevalecieron sobre las militares, mientras que Roosevelt descansó mucho más en el Estado Mayor (Joint Chiefs). Desde el punto de vista de los “intereses de Estados Unidos”, las decisiones norteamericanas del final de la guerra no siempre fueron acertadas: sabiéndose en 1944 que ganarían la guerra los aliados, los Estados Unidos no planearon acertadamente el “political settlement”. Las decisiones se tomaron en función de las necesidades militares inmediatas, así, haber dejado a Berlín dentro de la zona de influencia Soviética fue “erróneo” para los Estados Unidos. Sin embargo no hay que olvidar que a Roosevelt se deben algunas de las principales

y más certeras decisiones estratégicas, como la de considerar a Alemania como el enemigo fundamental de los Estados Unidos (a quien se debería derrotar primero) en contra de una opinión del Estado Mayor. Stalin, como Churchill, claramente fue un discípulo de Clausewitz.

La guerra de Corea, la primera guerra mayor en la que participaron los Estados Unidos sin autorización del Congreso y la primera guerra limitada moderna, fue justificada de manera similar a como se hizo al intervenir en Vietnam; los Estados Unidos debían “contener al comunismo y oponerse o resistir la agresión en cualquier parte”. Durante esta guerra se planteó un ejemplo claro de indisciplina militar al poder civil. El general MacArthur, a quien “Roosevelt había hecho héroe en 1941 cuando los Estados Unidos desesperadamente necesitaban de un héroe”, además de sus innegables dotes y talento militar, representa al comandante que se desborda por su propio triunfo. Acostumbraba dirigir sus informes de acuerdo a su propia conveniencia de gloria: exageraba el peligro o minimizaba los riesgos ante los ojos de sus superiores; todo ello para conseguir la decisión que mejor le sirviera. Cuando la decisión política no correspondía con sus propias preferencias, manipulaba el momento o hacía declaraciones que obligaran a los líderes políticos a rectificar sus decisiones. Tal fue el caso de la famosa declaración, donde MacArthur se opuso al intento de promover un alto al fuego que Truman había juzgado conveniente promover. Este hecho vino a derramar la última gota en su conflicto con la autoridad civil. Pero los conflictos no sólo se dieron con el Presidente, sus diferencias con los jefes del Estado Mayor fueron considerables. Así, cuando MacArthur pretendió extender la guerra con China, el Estado Mayor consideró que tal estrategia comprometería a los Estados Unidos en una “guerra errónea, en un lugar y momento equivocado y con un enemigo erróneo”. Los errores de MacArthur en Corea no sólo se refieren a su falta de disciplina, también cometió el muy grave de menospreciar la fuerza y decisión de China, habiendo por ello conducido a sus tropas a una derrota muy seria. Por la evidencia existente se puede apreciar que la destitución de MacArthur fue posible, más por la decisión de los propios jefes del Estado Mayor que apoyaron al presidente Truman, que por el apoyo de los políticos civiles.

En cuanto a la terminación de la guerra de Corea, se aprecia que la política dominó a la estrategia, pero que, a la vez, los propios resultados militares alimentaron las decisiones políticas de ambos bandos.

Los dos capítulos del libro sobre la guerra de Vietnam son muy interesantes en cuanto a que contienen amplia información de primera mano (*pentagon papers* y otras fuentes directas), acerca de lo que estaba ocurriendo en las oficinas gubernamentales en Washington, en cada uno de los momentos decisivos en la escalada intervencionista. Estos capítulos son muy ilustrativos para quien está interesado en conocer el papel y las

posiciones que sostuvieron los principales funcionarios y asesores, quienes en su mayoría apoyaron decididamente la intervención.

En sus opiniones sobre Vietnam, el autor destaca la pobreza en los análisis políticos globales por parte de consejeros, funcionarios, militares y políticos. Su crítica pierde valor en la medida en que la desvincula de la estructura de poder político y burocrático en que tuvieron lugar. Es decir que, al criticar a los responsables de la intervención norteamericana en Vietnam, Brodie en ningún momento se plantea seriamente las interrogantes vinculadas al "contexto estructural". La intervención en Vietnam seguramente está acompañada de análisis políticos limitados y de una abundante falta de moralidad por parte de muchos de quienes han decidido, pero ello queda un poco en el aire si se desvincula de una posición imperialista general. No puede negarse la condición imperialista que los Estados Unidos han asumido en el Sudeste Asiático, a Brodie se le escapa este hecho político fundamental.

Puesto que el autor trata de convencer al lector de la necesidad de introducir un componente moral en los juicios que se hagan sobre los líderes civiles y militares, es importante destacar que a pesar de que menciona que los "axiomas y clichés de las viejas fórmulas de la *Realpolitik* ya no están en armonía con los tiempos modernos", en realidad él no ofrece un sustituto. Sus juicios morales están integrados artificialmente al análisis, son prácticamente formas de "curarse en salud" en un momento en que no es conveniente sostener líneas duras dentro de la comunidad intelectual norteamericana.

La otra debilidad de la obra radica en la interpretación histórica. Si bien confirma o rechaza sus hipótesis con la información histórica de las cuatro guerras (en general su información es "de primera"), no ofrece una interpretación que precisamente enriquecería el juicio político que debe dominar a la estrategia. Aun sin una interpretación sociológica de la historia, los propios datos son más amplios que los casilleros en que se les mete. No todo en la historia (ni en la política, ni en la estrategia) es racionalizable; para explicar algunos hechos y sobre todo para tener "sentido histórico" se requiere de una concepción que incluya a la "fortuna", a las "fuerzas motoras", a los "desarrollos inevitables", a la "confianza en el futuro", en fin a la parte no racionalizable de la interpretación. Esa falta de sensibilidad histórica lleva al autor a tratar de explicar lo no racionalizable como pasión o error humano (que sin duda es necesario considerar), subestimando el papel de los intereses concretos en cada situación concreta. Esa misma concepción "liberaloide" que está atrás de sus opiniones, le impide comprender el carácter trágico que frecuentemente adquiere el hombre político, para quien las opciones de acción nunca pueden ser tan amplias como las alternativas lógicas, ni aun tratándose de las alternativas políticas.